

Muerte y vida de Gregorio Selser

Quizá más que nunca en la historia está hoy vigente el problema social y ético de la disposición de la propia vida, y la muerte voluntaria del periodista argentino avecindado en México, Gregorio Selser, aviva su planteamiento entre nosotros.

En Viena está abierto un juicio contra enfermeras cuya imagen oscila entre criminales y ángeles de la guarda. Practicaban la eutanasia entre pacientes a los que veían sufrir sin que alternativamente existiera una esperanza de vida.

En varios países anglosajones es un éxito de librería, y ha planteado problemas legales de gran consideración, un libro donde se ofrecen prescripciones puntuales, y sin duda eficaces, para que cada quien corte su vida cuando le plazca, del modo más higiénico posible, así desde el punto de vista material como el de las consecuencias jurídicas para los deudos.

Grandes personajes han acudido al suicidio para concluir su existencia. Entre nosotros, la reciente aparición del libro de Fabienne Bradú sobre Antonieta Rivas Mercado ha puesto de nuevo a circular la dramática imagen de esta excepcional mujer, mecenas de los contemporáneos, amante de Vasconcelos, que se privó de la vida, cuando apenas había rebasado la tercera década de su edad, en plena catedral de Notre Dame, en París.

Más recientemente, alguien vinculado con ese grupo, don Jaime Torres Bodet, que había llegado a ser director de la Unesco, y dos veces Secretario de Estado (de Educación y de Relaciones Exteriores) optó asimismo por el camino corto de la decisión mortal, antes de verse reducido a una lamentable condición de guiñapo humano que afecta dolorosa y cotidianamente la vida de sus seres queridos.

Merece especial respeto el escrupulo con que procedió, para ese mismo efecto, el periodista Antonio Vargas MacDonald, que hace una década se suicidó antes que dejarse vencer por una grave enfermedad.

Ya en la declinación de su existencia, vivían solos su mujer y él, de modo que quitarse la vida en el interior del recinto hogareño hubiera provocado en la esposa, además del dolor vivísimo por la desaparición del compañero de toda la vida, las molestias e incomodidades, que pueden ser muy intensas, de una averiguación judicial que ponga en claro las circunstancias en que una persona aparece muerta.

Vargas MacDonald, que escribía en la revista *Siempre*, telefoneó la noche de un domingo a José Pagés Llergo, director de ese seminario, y le resumió su situación física y anímica: una parálisis progresiva amenazaba convertirlo en un vegetal que permanecería arrojado sobre una silla de ruedas, en un extremo de degradación que el periodista declaró no estar dispuesto a llegar. No le anunció al Jefe Pagés, como llamaban sus antiguos compañeros de oficio al legendario editor tabasqueño, propiamente, que se privaría de la vida, pero el telefonema adquirió pleno significado cuando lo hizo.

Al día siguiente, lunes, don Antonio salió a dar un paseo al jardín público vecino a su domicilio en la Ciudad de México, avisando a su señora que pronto volvería. Ya en la plaza, buscó a un gendarme que solía cuidar el punto, mintió diciendo que andaba en busca de



un perro y le pidió que diera aviso, en caso de verlo, al teléfono y a la persona —su esposa— que anotaba en la tarjeta que ofreció al guardián del orden. Acto seguido, una vez dadas las señas para que se avisara de lo sucedido a su mujer, se retiró un poco y en un banco público se pegó un tiro en la cabeza.

Es obvio que una decisión de esta naturaleza plantea la cuestión de si los seres humanos pueden llegar a esa libertad personal extrema. Quienes profesan una religión como las derivadas del tronco judeocristiano suelen estar en contra de esta decisión, que altera el orden divino en la medida en que la vida es un don de Dios, que éste otorga y quita según su infinita sabiduría. De modo que el sufrimiento extremo de una persona agónica durante largo tiempo no puede ser invocado como causa para la eutanasia o el suicidio, por más que a la luz de consideraciones más terrenalmente humanas parezca justificarse una decisión mortal.

El caso es que Gregorio Selser resolvió practicar su propia inmólación, incapaz de sobrellevar los cada vez más intensos dolores de un cáncer en los huesos que se le generalizaban por horas. De ese modo, al anoecer del 26 de agosto llegó a la decisión de que no podía más y resolvió adelantar la muerte que fatalmente lo acechaba. Cobarde ante el dolor, pero en extremo valeroso ante la muerte, no le tembló el

pulso para escribir varias cartas de despedida. Siendo un periodista en ejercicio, y contando por ello con deberes ante su editor y su público, escribió una de esas misivas a Carlos Payán, director general del diario *La Jornada*, de la ciudad de México. Tras el tratamiento afectuoso de "estimado don Carlos", le dijo:

"Le envío esta carta para agradecerle por sus atenciones. Me he sentido muy orgulloso de pertenecer al equipo de *La Jornada*, y sólo me queda la pesadumbre de haber insultado a Alpoite y a Krauze. Ese nunca fue mi estilo y creo que me dejé llevar por la ira antes que por el cerebro. ¡Ojalá ambos tengan la tolerancia de esculparme!"

"Tengo ya metástasis ósea y no deseo abrumarlo con detalles, pero siento que los dolores varios que me produce me están quitando los deseos de escribir, es decir, de vivir."

"Quiero, sin embargo, dejar constancia por escrito de mi gratitud hacia México, que me brindó sin condiciones techo, trabajo y tribuna (las tres T de que hablaba Genaro Carnero Checa). Los casi quince años que viví aquí fueron quizá los más felices y productivos como periodista y profesor universitario. A cambio, siempre fui respetuoso de las leyes de México, a cuyo pueblo amé y al que deseé servir con mis trabajos. Me voy con la conciencia cabal de haber cumplido con el país y con su

pueblo”.

Horas después, Selser saltó desde la ventana de la cocina de su departamento, atestado de libros, documentos y periódicos, en la avenida Patriotismo, cerca de la Plaza de Toros México, y murió instantáneamente.

Una persona que con esa lucidez anuncia su pronta desaparición y la practica, se haría de suyo merecedora de atención. Pero Selser lo era por muchos otros motivos. Su muerte fue tan notoria como su vida, pues es cierto que la manera de morir revela la índole de las personas.

Selser, fue, ante todo, un periodista. Si escribió decenas de libros, fue en realidad porque el espacio de que podía disponer en las publicaciones periódicas en que colaboraba, se convertía casi de modo permanente en un corsé que lo asfixiaba. Requería, por lo tanto, el recinto más amplio de las páginas de un libro, que llenaba con el resultado de sus pesquisas y reflexiones sobre el acontecer de América Latina, que era su verdadera patria, no obstante que la formal y jurídica fuera Argentina.

Selser nació en aquel país, en Córdoba, en 1922 y pudo todavía aprender del idealismo de don Alfredo Palacios, el célebre creador de la autonomía universitaria. Fue un muchacho solitario, que en algún momento no dispuso de más libro que un diccionario, mismo que devoró como demostración de cuál iba a ser su sino vital y profesional. Periodista desde adolescente, a los 23 años escribió su primer libro, que estaba destinado a tener una gran influencia en la vida práctica de muchos países, especialmente de Nicaragua, recuperó la figura del revolucionario por excelencia en ese país, y con el relato de su epopeya, compuso la obra Sandino, general de hombres libres, que luego reforzaría con otra obra titulada El pequeño ejército loco. Trabajó en varios medios informativos argentinos, enseñó en la Universidad de Buenos Aires y escribió miles de páginas sobre la lucha de los latinoamericanos contra sus opresiones.

Acaso por ello, cuando en su país el peronismo degeneró a mediados de los setentas en una sangrienta dictadura que los militares convirtieron en otra sangrienta dictadura, Selser tuvo que acogerse al exilio. Vino a México y aquí desplegó con amplitud su magisterio. Escribió en *Proceso*, en *El Día* y, a últimas fechas, en *La Jornada* y *El Financiero*, sin perjuicio de que con alguna frecuencia Radio Red, en el Monitor que dirige José Gutiérrez Vivó, se le entrevistara para que diera cuenta del devenir latinoamericano.

Con motivo de la crisis y guerra del Golfo Pérsico. Enrique Krauze lamentó la militancia que él suponía favorable a la causa del jefe iraquí Saddam Hussein, y que encontraba encarnada en Selser, si bien el propio Krauze admitía que tal actitud era reflejo de la militancia antinorteamericana que es tan frecuente en nuestros países. Además de razonar contra ese argumento, Selser, llevado por la emoción de aquellas horas, llamó a Krauze palafrenero de Paz, insulto que le dolía haber expresado, como lo muestra el que lo tuviera presente a la hora de la muerte. Krauze, nobleza obliga, respondió inmediatamente a la carta póstuma de Selser, en lo que fue un epitafio digno de este periodista: “¿Cómo decirle ahora que no había razón para sus disculpas y sus pesadumbres?”.

